EL ALBUM DE LA MUJER

ILUSTRACIÓN HISPANO-AMERICANA.

DIRECTORA, CONCEPCIÓN GIMENO DE FLAQUER

PRECIO DE SUSCRICION.

En México.....$ 3 00 trimestre adelantado.
En los Estados..... „ 4 50 „ „
En las Repúblicas del Sur y Centro América..... „ 9 00 semestre adelantado.
En Europa los agentes fijarán los precios.

Números atrasados, 50 centavos.

Año V.—Tomo IX.—Núm. 1

México, 3 de Julio de 1887.

DIRECCION Y ADMINISTRACION,
Calle Amor de Dios número 7

CONDICIONES DE LA SUSCRICION.

El Album de la Mujer se publica todos los domingos, resultando á veces cinco números mensuales, dándose además como suplemento á los suscritores, con cada número,
Un periódico mercantil y de noticias.
La suscrición es por trimestre ó semestre.

Apartado en el Correo núm. 604.

BIBLIOTECA NACIONAL DE MEXICO U. N. A. M.

S. M. LA REINA DE BÉLGICA

S. M. LA REINA DE BÉLGICA.

María Enriqueta Ana, archiduquesa de Austria, esposa de Leopoldo II, es tan amada de los belgas, como lo es del pueblo español su augusta sobrina María Cristina de Habsburgo Lorena, otra interesante archiduquesa de Austria. La Reina de Bélgica se distingue por su elevado criterio, por sus tiernos sentimientos y por sus altas dotes de madre. Ella ha dirigido la educación de sus hijos, entre los que se cuentan el príncipe heredero y la encantadora princesa Estefanía, casada con el príncipe que ha de ocupar el trono de Austria.

El carácter de María Enriqueta, antes jovial y expansivo, es hoy concentrado y melancólico: una nube de tristeza vela constantemente sus ojos llenos de inteligencia, en los que centellean átomos de luz, como pálidos rayos de sol entre vapores de lluvia primaveral. El poético tinte de tristeza que embellece su semblante, sus abstracciones y su retraimiento, tienen por origen las perpetuas *saudades* que guarda su alma del eterno ausente. Desde que en 1869 experimentó el mayor dolor que puede sentir una madre, la pérdida de un hijo, el carácter de María Enriqueta ha sufrido gran trasformación.

El pueblo belga no la ha visto desde entonces asociarse á sus fiestas, pues sólo toma parte en las ceremonias oficiales que debe presidir en unión del Rey. La vida de María Enriqueta dividese actualmente entre los discretos cuidados que exige la educación del príncipe, adolescente todavía, las obras piadosas y el cultivo de la música, consuelo de las almas sentimentales.

La Reina de Bélgica siente por el divino arte el más vehemente entusiasmo: éste la hace ser muy asidua al Teatro de la Opera, á pesar de su proverbial alejamiento de las fiestas sociales.

Su bondad de corazón la está convirtiendo en el ángel protector de la desgraciada viuda de Maximiliano, cuyos sufrimientos sabe mitigar cual nadie; unida á la infeliz Carlota por los lazos del parentesco, tiene para con ella abnegación fraternal; y además de consagrarse á tan nobles fines, no es indiferente á la evolución que se está operando en el sexo femenino, para la cual fomenta en su reino los institutos de enseñanza.

Por datos que tenemos á la vista podemos afirmar que una ley del año 1881 ha dispuesto la creación de 50 escuelas para la enseñanza media ó secundaria de las jóvenes, á la vez que ha confirmado la relativa á las escuelas normales, en las que se forman maestras, regentas ó institutrices. El Estado se había limitado antes, y sólo desde 1870, á consignar en el presupuesto un crédito de 50,000 pesetas, aplicado á subvencionar las escuelas de aquel grado ó las primarias superiores ó de programa extenso.

Lo que preferentemente ha preocupado á los poderes de Bélgica, es la enseñanza popular. Hay casi tantas institutrices como instructores en las *escuelas primarias* oficiales; el programa de estudios y de exámenes, es casi el mismo para los dos sexos, excepto los trabajos manuales, que son enseñados en las escuelas de niñas. Las escuelas *Jardines de la infancia*, según el método de Frœbel, que son hoy numerosas, están siempre dirigidas por institutrices. Hay *escuelas medias* para mujeres y para hombres en los grandes distritos donde la enseñanza es muy extensa, y se da por instructores é institutrices nombrados, previo examen, por el Ministro de Instrucción pública. Las *escuelas de párvulos*, que son 821, con una población de 64,386 alumnos, están dirigidas por institutrices, como llamadas preferentemente á prestar este servicio.

Concurren las mujeres desde 1880 á las universidades de Bruselas, de Lieja y de Gant, aumentando cada año el número de las que en ellas se presentan, y sustentando exámenes muy rigurosos.

¿Cómo podía ser ajena al movimiento general de progreso, iniciado actualmente en el sexo hermoso, la inteligente Reina de Bélgica?

Hoy podemos proclamar muy alto la reivindicación de la mujer; las añejas preocupaciones se vencieron; las malévolas sátiras de los impugnadores de la mujer se han destruido desde que un público ilustrado ha oido con respeto y complacencia las elegantes disertaciones literarias de Isabel de Rumania, la elocuente palabra de Emilia Pardo Bazán en el Ateneo de Madrid, y las notables conferencias históricas de Rosa Cleveland en Nueva York.

La erudita hermana del Presidente de la República norteamericana, al convertirse en cantora de Fulton y de Washington, y en apologista de Franklin, Hamilton, Lincoln y Garfield, ha hecho algo más que lucir su fácil palabra, ha colocado guirnaldas de laureles en el altar de las glorias americanas.

Nunca fué tan aristocrático como hoy el cultivo de las letras y las artes: entre las Infantas de España contemporáneas, la ilustrada Sra. Isabel de Borbón brilla como pianista notable; Paz de Borbón pinta y escribe; su hermana Eulalia es distinguida paisajista; la Reina Victoria ha escrito sus memorias, cual la Emperatriz Eugenia; María Pia de Saboya es escultora; Amelia de Orleans, esposa del príncipe heredero de Portugal, escribe con elegancia: Valeria, hija menor del Emperador de Austria, está terminando una comedia; en Viena, la Princesa Metternich, obtuvo premio en un certamen literario con su novela titulada *No me atrevo;* la Princesa Clementina de Orleans, madre del ilustrado Príncipe Fernando de Sajonia Coburgo, escribe artículos de costumbres, y la Reina de Rumanía se distinge en la novela.

No nos sorprende que la Reina de Bélgica cultive el divino arte con gran éxito, proteja á los artistas y fomente la ilustración en el sexo femenino. Como toda mujer inteligente distribuye el tiempo con acierto, por eso no le falta para sus placeres de *sport;* es gran ginete, y con frecuencia se la ve guiar un carruaje de cuatro caballos.

María Enriqueta Ana, esposa de Leopoldo II, nació en Budapest (Austria) en el dia 23 de Agosto de 1836. Su mayor mérito, entre los muchos que posee, es haber sabido inspirar tan gran amor al pueblo belga.

La Directora.

LA MUJER Y LA POESÍA.

Dios quiso también ser escritor, dijo Napoleón el Grande: el hombre es su prosa; su poesía la mujer. Con efecto, al modelar el Supremo Artista la más perfecta figura, el adorno más maravilloso del universo, la mujer, y al inspirarla el hálito vital indispensable para cumplir la misión salvadora que la encomendara, no sólo dió sér á la compañera del hombre, á aquella de la cual había de depender la sociedad, como afirmó Voltaire, y que «habría de hacer las costumbres,» como escribió el conde de Segur, sino que la nueva obra divina que terminó la creación coronándola gallardamente, revistió dos formas distintas, porque al otorgar el Señor la vida á la mujer, hizo nacer á un tiempo mismo la poesía; de tal modo que podemos considerar á ésta como la primera encarnación que se verificó en aquella, ó como una perfección más con que á Dios plugo dotarla; pues la mujer y la poesía se compenetran de tal manera, forman un todo tan indivisible, que sin una no puede concebirse la otra, como no se concibe la luz sin rayos, la flor sin colores, el hombre sin sentimientos, la existencia sin Creador.

Al verse Eva en el Edén, rodeada de la naturaleza recién salida de la nada, exuberante de vida de los cielos fulgurando con brillo jamás gastado, y temblando aún al *fiat* imperioso del Eterno; de las aves de espléndido plumaje, los peces de irisados colores y los animales de pintada piel; y al distinguir al hombre monarca, elegido por el mismo Dios para gobernar dominios tan variados como inmensos, una palabra de admiración debió brotar espontánea de su alma embelesada, y aquella palabra fué el primer verso de una epopeya que aún dura. Después, cuando Eva se dirigió á Adan, impulsada por el sentimiento del amor, cuya llama celeste el Sér Supremo encendió en su pecho para hacerle comprender toda la sublimidad del sorprendente panorama que se extendía ante sus ojos absortos y conmovidos, debió componer el más acabado himno á la Divinidad; así como al manifestar á Adan sus ideas purísimas, antes del pecado, formaría el más admirable epitalamio.

Adan, solo en medio del Paraíso, sin una compañera con quien compartir sus alegrías y cambiar sus impresiones, sin un sér que le acompañase, comprendiéndole, sin una criatura que le amara, toda vez que, con la dote preciosísima de la inteligencia, Dios le había separado inmensamente del más perfecto animal, hubiera concluido por hastiarse de tantas maravillas que no bastaban á llenar el vacío sentido en su alma, y admirándolas friamente jamás hubiera tenido existencia la poesía. Mas como *ab initio* la Sabiduría Infinita comprendió este resultado natural, la bondadosa y omnipotente justicia del Hacedor remedió el mal antes de ocurrido, y pródigo con su creación predilecta, no contento con infundirle un alma hecha á su imagen, le presenta una criatura hecha de su misma carne, dotada de las más altas perfecciones, igual á él en razón, y distinta en lo indispensable para poder cumplir uno de los divinos preceptos, proporcionando al hombre delicias inefables.

La gratitud, pues, de Adan hacia Dios al descubrir á Eva casi cubierta por los ondulantes rizos de su larga cabellera, no debió reconocer límites, y nunca la naturaleza hubiera logrado que de los labios del hombre saliese una acción de gracias tan conmovedora, tan profunda, tan poética, nacida de lo íntimo de su corazón.

Pero sobrevino aquel acto de orgullo desmedido, desconfianza satánica y horrenda ingratitud en que el hombre, sojuzgado por los avasalladores hechizos de la mujer, olvidó sus más sacratísimos é ineludibles deberes; y desde entonces la mujer hubiera perdido por completo sus encantos y habríase la poesía alejado avergonzada de ella, toda vez que un sér en quien el hombre veía la causa de su perdición no podía inspirarle ideas bellas, si satisfaciendo aquella deuda terrible, de ella no nos hubiese venido también la salvación.

Por eso lejos de perder la mujer su ascendiente sobre el hombre, lo adquirió cada vez mayor, ayudándole á soportar con resignación sus trabajos y consolándole dulcemente en sus pesares. Ella comenzó á ejercer un magisterio tan sublime, el de madre de familia, que hubiera bastado por sí solo para ser la fuente más fecunda de inspiración poética.

Leamos los más antiguos poemas, *El Indio Ramanyana*, por ejemplo, y continuemos examinando atentamente las producciones poéticas de todos los siglos y todos los pueblos; averigüemos las causas que impulsaron á sus autores á hacer imperecedera su fama, levantando por sí mismos aquellos monumentos literarios, y tras cortas investigaciones hallaremos la figura bellísima de una mujer, impulsando al hombre á inmortalizarse al despertar en su fantasía ideas que tal vez desconociera; y es tal el influjo por demás benéfico que la mujer ejerce sobre el hombre, que hizo exclamar á un poeta del siglo XVI, al paje del príncipe Don Fernando, al elegante Cristóbal de Castillejos, que:

«Sin ellas fuera la vida
Un pueblo de confusión,
Un cuerpo de corazón,
Un alma que anda perdida
Por el viento;
Razón sin entendimiento,
Arbol sin fruto ni flor,
Fruta sin gobernador
Y casa sin fundamento.»

y á un laureado vate contemporáneo, D. José Devolx y García,

«Sin ella el orbe es astro sin carrera,
Flor sin aroma, espacio sin colores
Y volcán sin hoguera;
Es sudario de nieves la pradera,
Y es alma sin amores.»

Juan P. Criado y Domínguez.

(Concluirá.)

REVISTA DE MODAS.

El gusto y la gracia realzan en estos momentos la moda, más que la verdadera novedad: en los trajes que se hacen para verano se extiende el encanto como unas gotas de esencia de rosa se comunican á todo un pañuelo, prestándole singular atractivo; y prueba de ello son los últimos modelos de París que he podido admirar, llegados para una de las damas de nuestra aristocracia, y los muchos y bellos que se lucieron en el acto oficial de la Exposición de Bellas Artes, donde, puede decirse, hicieron su aparición los primeros trajes de verano, apuntes tomados al vuelo durante la ceremonia y que confirman lo que llevo anotado.

Entre los primeros, figura un traje de batista salmón, con volantes bordados con granate y verde musgo á ondas, falda amplia, sin aceros por detrás y adornada de tres volantes bordados, con panier encima de la misma batista, sujeto al costado con gran lazo de seda musgo, y por detrás la túnica bordada en flores sueltas, va, al parecer, caída pero ligeramente drapeada; el cuerpo ¡una monería de cuerpo! lleva sobre el forro alto una camiseta fruncida de encaje crudo, y sobre ésta, cuerpo escotado, con el borde á ondas y bordado, que junta en el centro del pecho y se abre del talle sobre peto liso, completándose el cuerpo con manga corta y ancha de encaje, sujeta con cinta y lazo musgo, y chorrera por delante de encaje también, y lazos de igual color. Como ahora exige la moda, este vestido trae su sombrero correspondiente, sombrero redondo de paja, forrada el ala de seda musgo con lazos iguales y rosas.

El otro compónese de una primera falda rayada abierta sobre quilla de un sólo color, sembrada de colgantes de cristal del mismo y túnica de color liso, muy drapeada de los costados; el cuerpo, donde hoy se concentra todo el interés de la moda, es rayado, de peto, muy abierto desde el hombro por delante y por detrás sobre otro cuerpo de tela lisa, sembrado de colgantes de cristal y draperías lisas, orillando el escote del cuerpo superior. Este estilo de cuerpos muy abiertos sobre otro alto, ó en corpiño suizo sobre un cuerpo fruncido, son la verdadera nota dominante de los vestidos de la estación.

En el acto de la apertura de la Exposición de Bellas Artes había muchos dignos de especial mención, tantos, que, á reseñarlos todos, necesitaría más espacio del que puedo disponer; pero como en un jardín de flores bellas, puédese cojer una sin elección, en la seguridad de acertar, así en aquella profusión de *toilettes* elegantes se pueden reseñar cuatro ó seis en la seguridad de olvidar otras muchas que no valen menos.

Lucía S. A. la infanta Dª Isabel un vestido azul gris sobre una primera falda á rayas blancas y azules de admirables drapeados, y capota en los mismos colores, y entre las concurrentes notamos á la Marquesa de C. con traje heliotropo de raso de pekín y surah de singular elegancia, y su linda hija con uno de velo color de nuez adornado de pasamanerías de seda azul y oro, que unían las aberturas de una túnica azul sin mangas, y listaban en cintas atravesadas las mangas de color de nuez como la parte superior del cuerpo-plastrón. Anoté en mis apuntes el vestido que lucía la señora Condesa de M., de surah blanco y bordados de una riqueza y gusto sin igual, y el de la bella hija de un ministro, vestido de seda gris con la quilla y los plastrones de pecho, espalda y hombrera de la manga sembrados de colgantes de cristal del mismo color, haciendo un todo muy serio y distinguido. Dos lindas jóvenes hermanas, muy conocidas por el título de su padre, llevaban vestidos blancos de velo, plegada la primera falda, y de cañamazo á listas la de encima, con abultados recogidos y grandes lazos al costado, una color de oro, otra verde musgo; al verlas recordábase á Giroflé-Giroflá, cuando tuvieron que señalarlas con distintos lazos para no trocar sus idénticas bellezas!

En el nuevo color heliotropo había muchos vestidos, uno adornado con pasamanerías de felpa azul pálido, y alguno de chaly de rayas sobre viso de surah rosa, con lazos de este color también, de forma nueva y drapeados elegantes, porque en eso consiste la vedadera elegancia de los vestidos de hoy, en la gracia de la modista. En color dalia (encarnado pálido) había uno sobre una primera falda de encaje crudo y el cuerpo fruncido con canesú cuadrado y chorrera de encaje con manga entreancha del mismo. Muchos vestidos de batistas y satenes, autorizados en aquella solemnidad por el doble interés de las carreras de caballos, donde habían de lucirse después, y todos ellos en combinación de dos telas y realzados por lazos y sombreros correspondientes, unos redondos, otros en pequeñas capotas sin bridas, que parecen una paloma posada en el peinado y pronta á tender el vuelo. No he querido citar los muchos vestidos que había en telas claras con viso de color, y en sedería de combinación con lanas y pekines, por ser género conocido, pero que, sin embargo, hacían buen papel y seguirán haciéndole todo el verano.

Madrid, Junio 2 de 1887. Joaquina Balmaseda.

EN UN ÁLBUM.

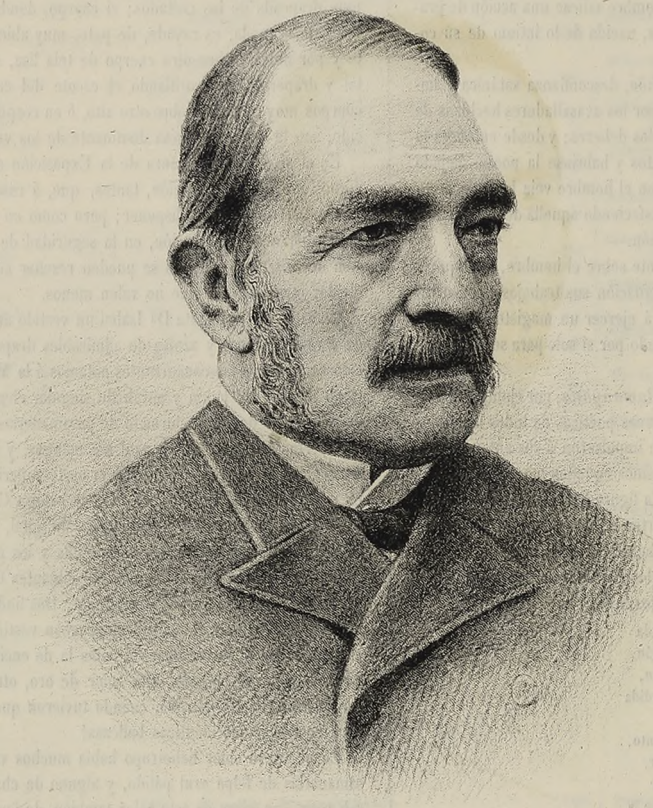
I

Tal vez un dia que al soñar venturas
Halagabas tu pecho,
Bordó la luna de argentados hilos
El borde de tu lecho.

Tal vez el ave, de cansado vuelo
Reposó breve instante,
Y en tu balcón alzó trova de amores
Que escuchaste anhelante.

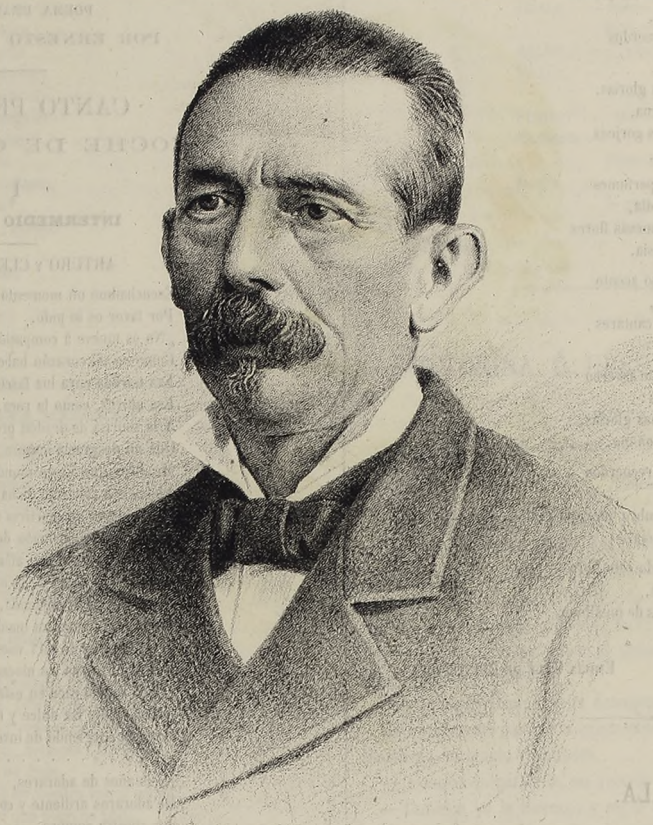
Hubo acaso una flor modesta y pura
Que en tu risueña estancia
El ambiente aromó con su perfume
En ondas de fragancia.

A tí llegó con misterioso acento
En tus horas de calma,
De algún laúd vago rumor perdido
Como un eco del alma.



EXMO. SR. D. ANICETO ARCE, Ministro de Bolivia en París y Madrid

ISLAS SANDWICH.—Cráter de Kilaued



SR. D. EUSEBIO GONZÁLEZ, Vicecónsul de España en Celaya

IRLANDA.—Los lagos de Killarney

II

Otras noches, y al par nuevas auroras
Brillaron una á una,
Y borraron así de tus recuerdos
Aquel rayo de luna.

El ave, mensajera de sus glorias,
No volvió á tu ventana,
Y otras aves te dieron sus gorjeos
En su cárcel galana.

De la flor, los colores y perfumes
Galas fueron de un dia,
Y en búcaros brillantes nuevas flores
Te dieron su ambrosía.

De aquel laúd, el amoroso acento
No envió su gemido,
Y nuevos trovadores con cantares
Regalaron tu oído.

No lo extraño, Pepita, que así creo
La triste ley humana:
El ayer es sepulcro de unas glorias,
De otros, cuna el *mañana*.

Si un dia de tus plácidos recuerdos
Esa ley te despoja,
Guarda, amante, este nombre que aquí grabo,
No arranques esta hoja.

Ofrenda no hallarás cual de este libro
Las flores que sujeta,
Pues encierran las páginas de un álbum
El alma del poeta.

Galicia. EMILIA CALÉ DE QUINTERO.

Á AYALA.

(LEIDA POR SU AUTOR EN EL TEATRO ESPAÑOL DE MADRID.)

Tras de una caja mortuoria
Iba un tropel, al asunto
De llorar, por un difunto
Que está muy vivo en la historia
Honrar su grata memoria
Logró sin duda el tropel;
Mas tanto valía aquel,
Que ví, en un túmulo, yerto,
Que los que honraron al muerto
Se honraban con ir tras él.

¿Quién era? Lo pregunté,
Y dijo uno, indiferente:
«Creo que fué Presidente
De un Congreso, ó no sé qué.»
Mas de nuevo interrogué
A uno que estaba mirando
Á los que iban desfilando
Detrás de un coche de gala;
Contestó: «¡el poeta Ayala!»
.....(Eso lo dijo llorando.)

Tan sensible defunción
Era verdad y es mentira.
Á gloria toque la lira
Si á muerte tocó el cañón.
Las Cortes de la Nación
Sin Presidente han quedado,
Mas todo no lo han dejado
Bajo una lápida oculto;
El genio quedó insepulto
Y el presidente, enterrado.

¡Ayala! Llegó un momento
En que de tu mano fría
Cayó el buril que esculpía
Tu robusto pensamiento.
Pero tu abrasado aliento
El templo del arte llena;
Aquí tu acento resuena;
El muerto ha resucitado
Y aparece coronado
Sobre el trono de la escena.

Madrid. LEOPOLDO CANO.

REMEMBER ME.

No desplegué los labios para hablarte
De mi infinito amor y mis sollozos,
Porque las almas que de veras se aman
Se besan y platican con los ojos.

Tú comprendiste mi pasión inmensa,
Único sér que con delirio adoro,
Y me enviaste un poema de esperanzas
En la ardiente mirada de tus ojos!

Cuando creí mi corazón cadáver
Y dudé del amor. . . ¡estaba loco!
Hoy siento que el cadáver resucita
Y vivo del amor en el insomnio.

Tú, que sabes lo mucho que padezco,
Y lo mucho, mi bien, que por tí lloro,
Acuérdate de mí, que estoy ausente;
Acuérdate de mí, que estoy tan solo.

Oaxaca. MIGUEL BOLAÑOS CACHO.

ASTROS Y LÁGRIMAS

POEMA DRAMÁTICO

POR ERNESTO GONZALEZ.

CANTO PRIMERO

NOCHE DE CARNAVAL

I

INTERMEDIO DE VALS

ARTURO Y CLEMENTINA.

ARTURO.—Escuchadme un momento, Clementina,
Por favor os lo pido.
¿No os mueve á compasión tanta amargura
Como en mi corazón habeis vertido?
Esa mirada cuya luz fascina,
Esa altivez, como la roca, dura,
Y la sonrisa de desdén profundo
Que mi desgracia augura,
Me dicen que á este mundo
Vinísteis á robarme dicha y calma,
Causándome un martirio sin segundo
Y para ser la perdición de mi alma.
No vuestra mano con afán pretenda
Evitar el contacto de la mía:
Dejad que yo la encienda,
Porque se encuentra inanimada y fría.
¿Ocultais ¡ay de mí! vuestro semblante
Del abanico tras las níveas plumas?
¡Ojalá que al caer en este instante,
Asomara esa faz dulce y radiante
Cual sol surgiendo de invernales brumas!
. . . . . .
¡Seis años de adoraros,
De adoraros ardiente y con locura. . . .
Ser vuestra sombra . . . y sin poder hablaros
Arrastrar una vida de amargura! . . .
Saber que comprendeis mi desventura,
(¿Quién no escucha el fragor del ronco trueno?)
Y ver constantemente
A la mujer por quien amante peno
A mi lado pasar indiferente! . . .
. . . . . .
—¡No me escucha!—Se encuentran vuestros ojos
Fijos en esa loca muchedumbre:
Ignorais sin enojos
Que antifaces azules, negros, rojos,
Velan cieno, malicia y podredumbre,
Liviandad y satánicos antojos! . . .
De la orquesta á los lánguidos acentos
Que dan al baile voluptuoso encanto,
Sólo prestais oído, y entretanto
Sufriendo estoy tan bárbaros tormentos! . . .
Romped este silencio indefinido,
Llamad á tanto amor osado y necio:
¡Odio quiero de vos, mas nunca olvido!
¡Quiero aborrecimiento, nó desprecio!
. . . . . .
—¡Nada me ha respondido!—
Nuevo desdén mi corazón devora.
La piedad no os inclina
Ni vuestro pecho mi dolor valora. . . .
¡Sarcasmo en vos, señora,
Es el nombre llevar de «Clementina»!

II

PARA SÍ.

CLEMENTINA.

¡Gracias al cielo! . . . Acabó
Este vals interminable!
Arturo al fin se alejó:
Su estado es bien lamentable;
Mas ¿qué culpa tengo yo?
Es su pasión obstinada,
Y á no dudarlo, tan cierta
Como ardiente y desgraciada. . ;

Pero que llame á otra puerta,
Pues la mía está cerrada.
Yo, que no puedo vivir
Sin fausto ni ostentación,
Yo, ¿mi corazón rendir
A un hombre sin porvenir,
A un estudiante ramplón? . . .
Y es su figura arrogante,
Simpático su semblante
Y de mirar expresivo. . . ;
¿Pero un mísero estudiante,
Qué tiene de positivo? . . .
Bellas frases. . . . poesía. . . .
Y vaga melancolía,
Eso me ofrece su afán. . . .
. . . . . .
Mas allí viene Julián:
Séme fiel, fortuna mía.

III

AL FINAL DE UNA MAZURKA.

JULIÁN Y CLEMENTINA.

JULIÁN. —Lo dije y lo repito.
CLEMENTINA. —¿Será cierto? (¡qué gozo!)
JULIÁN. — ¡Ay! y lo es tanto
Que en mi amor infinito
Y obedeciendo á misterioso encanto,
Os juro no existir mujer alguna
Para mí.
CLEMENTINA. — ¡Loco estais!
JULIÁN. — Nombre, fortuna
Conservada sin mengua ni quebranto,
Vuestros serán. (Perdona, Carolina,
Ya te veo verter copioso llanto.)
¿Qué respondeis, hermosa Clementina?
CLEMENTINA. —Julián, de vos no dudo.
Feliz desde hoy en vuestro honor confío.
Ya conseguís lo que ninguno pudo,
Hacer sentir amor al pecho mío!
JULIÁN. —¡Ah! repetid, mi bien, esa palabra
Que mi ventura labra!
CLEMENTINA. —Sí, os amo, Julián. Como al rocío
Abre la flor su virginal capullo,
Así me rindo ansiosa
De ese acento dulcísimo al arrullo.
JULIÁN. —¿Sereis mi esposa?
CLEMENTINA. — Vuestra tierna esposa.
(¡Triunfaste, vanidad!)
JULIÁN. — (¡Venciste, orgullo!)

IV

EN VELA.

CAROLINA (ESCRIBIENDO).

«A Julián Montenegro:»
«A la luz de mi lámpara tus cartas»
«Una y mil veces leo:»
«Todas las he aprendido de memoria»
«Y siempre ellas me dicen algo nuevo.»
«¡Ah! vuélveme á escribir! casi borradas»
«Esas cartas conservo.»
«¡Tánto las he regado con mis lágrimas!»
«¡Tántos han sido mis ardientes besos!»

V

INVITACION INESPERADA.

PIERROT y ARLEQUÍN: DESPUÉS JULIÁN.

ARLEQUÍN. —Espléndido el baile está!
¿No tomas parte en la fiesta?
PIERROT. —No. Mi ansiedad crece ya,
Pues temo perder la apuesta.
¡Cinco mil duros!
ARLEQUÍN. — Respuesta
A tanta duda tendremos.
PIERROT. —Si ella toca los estremos
De su orgullo sin medida. . .
ARLEQUÍN. —Es segura la partida,
Nada temas: ganaremos.
PIERROT. —Julián viene: me incomoda
Su atrevimiento inaudito.
JULIÁN. —Jaime, Lucas, os invito
Para mi próxima boda!
ARLEQUÍN. —¿Victoria alcanzaste?
JULIÁN. — Toda
Mujer ante mí se inclina.
PIERROT. —¡Maldición!
ARLEQUÍN. — Por Clementina
Dejar á. . . .
JULIÁN. — ¡Bravos apuros!
Si gano cinco mil duros,
¿Qué me importa Carolina?

Continuará.

VICTORINA Ó HEROÍSMO DEL CORAZÓN.

NOVELA ORIGINAL

de Concepción Gimeno de Flaquer

(Continuación.)

—¡Qué egoista te has vuelto!
—¿Acaso no sabes que el dolor nos hace así?
—Esa mujer merece mucha consideración.
—He procurado seguir la línea de conducta que el criterio trazó al corazón. Ya lo has observado: de este cuarto al mio, del mio á la oficina del director. No he ido á ninguna parte por el temor de encontrarla y faltar al compromiso adquirido conmigo mismo.

Vivir así más tiempo es la desesperación.

Me impuse este cautiverio intentando acostumbrarme á vivir sin ella, y mi reclusión no ha tenido resultados.

—¡Compasión para ella, mi querido Mario!
—También yo la merezco y no la tienen de mí.

El vizconde se habia declarado protector de Cándida, desde que la vió tan sublime en medio del sacrificio y de la abnegación.

—Tú no debes amilanarte cual una débil mujer.
—El alma no tiene sexo, y la mia sucumbe si no se apiada de ella esa fascinadora criatura.
—Estás enajenado.
—Sólo ella puede volverme cuerdo.
—¡Qué drama tan desgarrador!
—Ahora mismo voy á escribirla; antes de ir á su casa quiero saber si ha padecido tanto como yo, y si siente deseos de verme. Bastante me he violentado al mentirle amor á Cándida no sintiéndolo por ella.

¡Si pudieras comprender el daño que me hacían sus dulces palabras!

Cada vez que me dirigía alguna tierna frase, decía yo interiormente: ¡si fueran de Victorina esas amorosas palabras, no ambicionaría más!

Me voy á escribir en mi pupitre, espérame aquí, y te leeré la carta que mi frenético amor me inspire.

Mario se marchó á su cuarto, y Alberto quedó en el suyo, afirmando que un enamorado era una horrible plaga, una terrible calamidad.

Muy en breve volvió el poeta al cuarto de su amigo.

—Escúchame, Alberto, pónme atención.
—Si quieres estaré reverente.
—¡Bromas! siempre bromas, mi situación no es para bromear.
—Qué exigentes sois los enamorados.
—¿Vuelves á interrumpirme, parlanchín?
—Acaba tus denuestos é improperios.
—¿Me quieres escuchar?
—Sí, hombre, principia.

Mario comenzó á leer estas líneas:

"¡¡Victorina!!!

"Mi alma se considera huérfana sin el amor de usted.

"Quince dias de silencio, quince dias que para mí se ha encerrado usted en "una tumba, quince dias de sombra, frios como la espada de la duda, largos co- "mo la esperanza nunca cumplida, monótonos como la noche del cautivo, ¡quin- "ce dias sin noticias suyas! ¡Dios mio! ¡Oh, quince dias son un siglo en la "edad del corazón!!!

"He sido dócil á la indicación de usted, he medido mis fuerzas, y veo que no "tengo ninguna para renunciar á su amor.

"¡Se necesitan tan grandes, tan colosales fuerzas!

"Regresé de Granada á los cuatro dias y la he dejado á usted incomunicada "conmigo privándome de visitarla, para que en este período de tiempo analiza- "ra usted sus sentimientos. ¿Cómo está su corazón?....

"Me hubiera yo muerto durante esta época, si no me fuera dable el inmenso "placer de pensar en usted constantemente. He vivido forjando planes para ho- "ras cercanas, proyectos para dias de ventura, soñando horizontes de felicidad, "lontananzas de secretos, emociones de amor que espero, sí, porque usted no "puede dejarme arrojar al *antro* de la desesperación, á la sima del dolor.

"Usted me regenera, usted *es el sol*, la estrella de la noche de mi espíritu, "usted no tiene derecho para arrebatarme la ventura que el *Creador me man- "da*, eligiéndola por mensajera.

"Es usted una enviada para llevarme al cielo; si me deja en la tierra no cum- "ple su misión.

"Es ya demasiado tarde para que yo pueda esperar su resolución con la fría "impavidez del que sólo trata de vencer un capricho pasajero.

"El capricho es poco batallador y vuelve generalmente las espaldas ante las "primeras dificultades con que tropieza. El capricho no es la impaciencia agui- "joneada por una cosa que despierta generosos sentimientos, ternura infinita, fe "ciega, cariño inmenso, fascinadora simpatía como la que yo siento por usted, "amada Victorina; usted quiere salir triunfante de esta lucha, mas después de "este triunfo tendrá usted la responsabilidad de mi desgracia; de mi desgracia, "que es superior á mis fuerzas y á mi voluntad.

"La veo á usted siempre medrosa, difícil, me abre usted su corazón un mo- "mento para cerrármelo en seguida entre las nubes de la conciencia y del deber. "Me cierra usted todas las cariñosas revelaciones de la confianza, y me hace "constantemente enmudecer.

"¡¡Oigame usted hermana, diosa, ángel, mujer, amante, lo que usted quiera, "porque usted lo es todo para mí!! Si pudiera separarme de su camino, la de- "jaría; si pudiera vivir sin su amor, renunciaría á él; mas tengo la completa con- "vicción de que nuestros destinos están enlazados; por consiguiente, lo que ha- "bía de ser, *fué;* no me huya usted, y recuerde que dice La Fontaine:

"*On rencontre sa destinèe*

"*Souvent, par des chemins qu'on prend pour l'èviter.* [1]

"No me desoiga usted, Victorina, se lo pide de rodillas el alma amante de su "apasionado

MARIO."

—¿Qué te parece esta carta?

—Muy conmovedora.

—¿Cómo se ha de resistir á mis ayes de dolor, á mis tristes acentos y á mis lágrimas?

Me voy, Alberto; yo mismo la pondré en el correo.

Hasta recibir contestación no voy á verla.

Ponte el sombrero y saldremos juntos.

—Sí, voy por él.

(Continuará.)

LA MUJER Y EL SEGURO DE VIDA.

Las supersticiones no son buenas para nada en nuestros dias, y conviene destruirlas. Cáusales terror y gran pánico á muchas mujeres la idea de asegurar una cantidad sobre la vida del esposo ó la de un pariente cercano. Hacer un contrato por el cual deban recibir una suma á la muerte de la persona á quien estén unidas por lazos más ó menos fuertes, es un asunto desagradable para ellas, porque las llena de mil preocupaciones. Son muchos los casos en que las esposas, madres ó hermanos han rehusado ser beneficiarias en las pólizas de sus esposos, hijos ó hermanos. Sus naturalezas sensibles se resisten á creer que sea posible llegue el momento en que estos séres queridos les sean arrebatados de su lado; piensan que dar su consentimiento para que se las nombre legatarias en una póliza, es abrir las puertas á la muerte, haciendo que lo que ellas han considerado inverosímil ó muy lejano, tome el carácter de peligro inmediato y amenazador; pero estos sueños han tenido más de una vez terrible despertar.

1 Se suele encontrar el destino, en las sendas que se siguen para huir de él.

La mujer dulce y cariñosa, que ha creido que la losa fúnebre no cubriría jamás el objeto de su afecto, tiene que convencerse de que la ley de la naturaleza es infalible y de que este sér tan amado desaparecerá dejando abandonados á los tiernos vástagos, en el momento en que les sea más necesario el trabajo de su padre, hijo ó hermano, y entonces pensará con remordimiento que ha sido la causa inocente del triste porvenir de esos tiernos objetos de su amor.

Por tal motivo, no nos cansaremos de recomendar á las mujeres piensen seriamente en los BENEFICIOS, GARANTÍAS y VENTAJAS que ha de reportar á sus hijos las favorables condiciones que les ofrece LA MUTUA, Sociedad acreditadísima, que tiene su representación en esta ciudad, calle del Refugio núm. 15.

LA REDACCIÓN.

EXPLICACIÓN DE LAS ILUSTRACIONES.

S. M. la Reina de Bélgica.—Leopoldo II de Bélgica y su augusta esposa serán siempre simpáticos por el impulso que han dado á las ciencias y á las artes; no há mucho, en 1876, se reunieron en el palacio real de Bruselas gran número de sabios en junta presidida por el rey para dar forma al proyecto de enarbolar la bandera de la civilización en los inmensos terrenos del Africa Central. Véase el artículo referente á la Reina.

Exmo. Sr. Don Aniceto Arce, Ministro de Bolivia en París y Madrid.—Hace pocos dias anunciamos que este distinguido hombre público era el candidato al próximo período presidencial de Bolivia, como lo fué en época anterior, alto cargo que no aceptó por cuestión de levantado patriotismo. El Dr. Arce, popular, querido y respetado en su país y muy estimado en Europa, es una de las personas que posee grandes cualidades personales y conocimientos nada comunes, habiendo probado en su vida política acendrado cariño á su patria, el cual le hizo adivinar las fabulosas riquezas de Huanchaca, dedicándose después de la vuelta del destierro á la explotación de las minas de plata, que son las más numerosas en Bolivia y cuya existencia apenas era conocida, pudiendo asegurarse que el Dr. Arce es el creador de todas las grandes empresas industriales de aquel país, no sólo porque su iniciativa era verdaderamente avasalladora, sino porque la opinión pública, presintiendo en él un gran genio hacendista, le prestó decidida ayuda. Hombre de acción como pocos, notable jurisconsulto, honrado como nadie, sobrio de palabras, de gran ilustración y dotado de seguro golpe de vista, el Sr. D. Aniceto Arce es al mismo tiempo un modelo de esposos y de padres; tiene el culto de la familia, á la que vive dedicado todo el tiempo que sus grandes negocios le dejan libre; generoso y caritativo, ha fundado y sostiene á su costa varios establecimientos de beneficencia, y sincero protector de las artes y las letras, ayuda constantemente á los literatos y artistas bolivianos en la publicación de toda obra notable. Dos son, en pocas palabras, los objetos que persigue: dotar de ferrocarriles á su país, y darle un puerto en el Pacífico. Nació en Tarija el 2 de Diciembre de 1824.

Islas de Sandwich.—Cráter de Kilaued.—Además de ser el escenario del memorable incidente en la historia de estas islas que marca el triunfo del Cristianismo sobre la antigua superstición de los naturales, el cráter de Kilaued es una de las más grandes maravillas de la naturaleza. Este volcán, en activa erupción, excede en mucho á todos los que se hallan en la superficie de la tierra. El cráter tiene una vasta extensión, formando una área de muchas millas, y un mar hirviente de negra lava, de la cual se ven elevarse, en muchas partes, grandes columnas de humo: es una escena que causa un horror sobrenatural y la admiración destruye los temores supersticiosos de los pobres é ignorantes salvajes.

Sr. D. Eusebio González, Vicecónsul de España en Celaya.—Cábele al Sr. González la gloria de haber sido uno de los primeros que han desarrollado la industria de las manufacturas de lana y algodón en este país con más perfección. Es de admirar la perseverancia, el empeño y los adelantos con que ha montado sus fábricas en Celaya y Soria, advirtiendo que, más que el afán del lucro, le ha guiado el anhelo de enriquecer á este país que ama como el suyo, con industria propia, pues mientras otros industriales sólo poseen las máquinas más primitivas, sin más idea que llevar adelante sus trabajos para obtener beneficio, el Sr. González se complace en instruir á los obreros mexicanos dotándoles de los últimos inventos de la mecánica. Este hijo de las valerosas provincias vascongadas, tierra de hombres aguerridos cual los cántabros y los astures, es uno de los españoles de América que tiene historia más limpia, habiendo obtenido su fortuna por medio de un trabajo tan asiduo como honrado. Espléndido para las obras de caridad, es adorado de los pobres tanto en Celaya como en Soria, pueblos que le deben grandes beneficios. En Soria sostiene, con el trabajo de las fábricas, á más de tres mil individuos; todo el pueblo le pertenece, de manera que puede compararsele á un señor feudal del siglo XIX que trueca la espada por el telar. Al visitar Soria llamónos la atención sus elegantes edificios de aspecto señorial, en los que, para completar la ilusión, no faltan ni almenas, ni torre ni puente levadizo. Este distinguido español, representante en Celaya de nuestra patria, hace más de treinta años que se halla en el país.

Irlanda.—Los lagos de Killarney.—En la parte S. O. de Irlanda existen tres lagos verdaderamente notables y bien conocidos por el viajero que admira aquel pintoresco país Esos tres lagos están unidos, y miden unas seis millas inglesas de largo y en algunas partes dos millas de ancho; pero no son notables por su longitud sino por su hermosura, pues hay en ellos una maravillosa variedad de formas y aspectos, y muchas islas pequeñas cubiertas de riquísimos bosques que se hallan rodeados de gigantescas montañas.